

«Poco después, González Ortega, el abogado-General, que no era entonces más que EL VENCEDOR DE CALPULÁLPAM, levantaba á Porfirio en un abrazo entusiasta, y oficialmente pedía para él, á D. Benito Juárez, el grado de General de Brigada.»

Es cierto que el caballo del asaltante se espantó al entrar por la puerta del atrio, pues en esos momentos, el enemigo disparó sobre el Coronel Díaz una pieza de artillería que defendía la entrada y estaba cargada con metralla.

La serenidad del jinete, que lanzó su caballo hacia un lado, le salvó de ser barrido por la descarga.

El General González Ortega hizo algo más que abrazar al denodado jefe oaxaqueño; rindió el honroso parte que hemos publicado, y escribió al Presidente Juárez lo siguiente: *Deseo el ascenso para Porfirio Díaz. Yo me avergonzaría de ser General, si él, después de lo ocurrido á presencia mía, y bajo mi mando, no llegara inmediatamente á serlo.*

El combate duró tres horas y media y se habría prolongado hasta el amanecer si la noble ambición de gloria no hubiera arrastrado al bravo Coronel D. Porfirio Díaz, jefe de las fuerzas de Oaxaca, y á su valiente oficialidad, á atacar de frente á la parroquia y cementerio, lo que dió por resultado que el enemigo abandonara estos puntos de donde era arrojado, dispersándose absolutamente á las tres de la mañana del día 14, hora en que daba á usted el parte respectivo, que escribí en el cementerio de la parroquia, sobre una caja de guerra, cuando aún no habían cesado los fuegos, y en medio de los cadáveres de los bravos oaxaqueños.

Tuvieron también la gloria de batirse al par de éstos, dos compañías de los valientes batallones de Zacatecas, Sánchez Román y primer Ligero, así como cuatro compañías de los señores General Carbajal y Cuéllar, á quienes mandé cubrir algunas avenidas, en las que se batieron y dispersaron á los gruesos pelotones de las fuerzas reaccionarias que huían.

El resto de nuestra tropa no tuvo la honra de batirse, pues el enemigo no pudo resistir ni á una tercera parte de nuestras fuerzas: lo mismo aconteció respecto del valiente y modesto Coronel D. Aureliano Rivera, quien hallándose á la retaguardia de la Columna, á consecuencia de haberse incorporado á la División ya muy noche, por haberlo tenido colocado en una hacienda distante de Toluca, cuando me moví de aquella ciudad no me fué posible, por la estrechez del camino, colocar parte de su fuerza á vanguardia, lo que me habría sido de mucha utilidad, por el conocimiento que tiene del terreno.

Márquez y Zuloaga perdieron los tres mil hombres con que se hallaban en Jalatlaco, las únicas cinco piezas de artillería que tenían, todo su armamento y todo su parque, pues no salvaron ni una parada de cartuchos.

En cuanto al disgusto con el General Carbajal, hay algo que, hasta ahora, no ha sido relatado.

Cuando Porfirio Díaz le quitó de la mano la pistola, Carbajal trató de resistirse á ser desarmado, diciéndole en voz alta:

—Soy su jefe....

—Largo de aquí, ladrón, le contestó D. Porfirio, amartillando al mismo tiempo su pistola....

Carbajal, al oír el ruido producido por el arma al ser amartillada, se retiró de allí más que de prisa.

El calificativo de ladrón, pudiera ser justificado, pues que, durante la misma expedición á Jalatlaco, un día los oficiales del Ge-

Quedaron también en nuestro poder cerca de trescientos prisioneros, no habiendo sufrido esta suerte Gálvez y Perea, como equivocadamente lo aseveré en mi primer parte.

Una de las compañías del Batallón de Oaxaca, cayó prisionera con su respectivo Capitán, y habiendo mandado Márquez que este último fuera inmediatamente fusilado, el Teniente D. José de la Luz Arpide, que fué encargado de cumplir esta bárbara orden, prefirió, á cometer este crimen, fugarse de las filas reaccionarias con todo y la fuerza que se le dió para la ejecución, salvando de este modo á uno de nuestros valientes.

Ambos se me presentaron en el campo y entre los fuegos, y yo concedí á Arpide, en nombre del Supremo Gobierno, su libertad absoluta: mas como quiero que el partido liberal aparezca más grande, valiente y generoso que ningún otro, desearía que el Supremo Gobierno le diera una colocación, que no fuera en las armas, al citado Arpide, como una justa recompensa del servicio que me prestó.

También suplico al mismo Supremo Gobierno se sirva conceder, por ahora, el grado del empleo inmediato, al Sr. Coronel D. Porfirio Díaz y al Teniente D. Abraham Méndez, en el concepto de que este último, cuando cayó, por haberle llevado una granada una pierna y herídole gravemente la otra, decía: TENGO LA GLORIA DE HABER PERDIDO UN MIEMBRO POR LA LIBERTAD Y POR LOS PROGRESOS DE MI PATRIA.

Sírvase usted dar cuenta con esta comunicación al ciudadano Presidente, y admitir las protestas de mi respetuosa consideración.—Libertad y Reforma, México, Agosto 22 de 1861.—C. Ministro de Guerra y Marina.—Acuerdo.—Agosto 23 de 1861.—Enterado con satisfacción, que á nombre del Supremo Gobierno dé las más expresivas gracias á sus subordinados, por su honroso comportamiento, con el cual cooperaron á la destrucción del cabecilla más audaz de la Reacción.—Que el Gobierno reconoce en su justo valor el servicio prestado por el C. Coronel Porfirio Díaz y Teniente Abraham Méndez, y por ello les acuerda, en consonancia con su solicitud, el grado del empleo inmediato al primero, y el empleo de Capitán al segundo.—PUBLÍQUESE.—RÚBRICA.

neral Carbajal se robaron varios caballos ensillados, pertenecientes á los oficiales de Porfirio, que al saberlo, fué adonde se encontraban los caballos robados y los recuperó, pistola en mano, exigiendo, además, que en el acto le fueran entregadas las monturas.

Con tal motivo se empezó á suscitar un violento altercado, frente á la casa en que Carbajal se encontraba, oyendo todo.

Enterado el General González Ortega de lo que estaba pasando, llamó violentamente á D. Porfirio, quien no quería ceder, hasta que el mismo General en jefe le ofreció que en el acto le serían entregados cincuenta pesos en dinero por cada una de las monturas reclamadas.

Carbajal tuvo á bien no salir de la casa en que estaba.

Entre el botín quitado en Jalatlaco al enemigo, había algunas barras de plata forradas en manta, y con la dirección de una casa comercial, escrita en inglés, en el forro. El General Díaz, que las había visto, dió aviso á González Ortega, pero Carbajal no las entregó, manifestando que se habían extraviado.

Algunos días después ocurrió un episodio, que el mismo D. Porfirio ha relatado.

«Estando en Pachuca, entré un día á almorzar en la fonda de «La Estrella,» que pertenecía á un Sr. Salinas, porque allí tomaba siempre mis alimentos, y me encontré con algunos oficiales de las fuerzas de Carbajal, entre los cuales estaba Carbajal mismo, quienes ya habían concluido de comer, y se entretenían en tirarse bolas de pan, y hubo uno que arrojó sobre otro un vaso de pulque en la mesa del centro del comedor, donde yo comía. En una mesa del rincón estaba sentado el Gral. D. Juan B. Traconis, con su sobrino D. Daniel Traconis, actual Gobernador de Yucatán, y sus ayudantes. Yo no me había fijado en ellos, porque desde que entré estaba mal dispuesto por las llanezas de los comensales, y no quise fijarme en los que estaban allí. Cuando el pulque que se arrojó, llegó cerca de mi plato, se me agotó la paciencia, saqué mi pistola que estaba cargada y la examiné para ver si estaba al corriente. Entonces tomó la palabra Carbajal y me dijo:

—«Compañero, parece que Ud. se molesta por lo que hacen los muchachos.

—«No me molesto, le contesté; pero creo que el mismo derecho que tienen Uds. para tirar bolas de pan, tengo yo para corresponderles con bolas de plomo.

«En ese instante se levantó de su asiento el General Traconis, y me dijo:

«Porfirio, no está Ud. solo; estos son unos malvados.»
«Nada contestaron á esto los oficiales, y así ellos, como Carbajal, se salieron de la fonda.» (Memorias).

Con los restos de su tropa, Márquez huyó hacia Huisquilucan, y sobre él se movieron los Generales Alatorre y Berriozábal, en tanto que la columna de González Ortega regresaba á la capital, en donde el General Díaz volvió á ocupar su puesto en la Cámara de Diputados.

Poco después se supo que el tenaz General Márquez, al frente, otra vez, de una considerable fuerza, marchaba sobre Pachuca.

«El 19 de Octubre de 1861, poco después de nuestro arribo á la capital, supo el Gobierno que Márquez, con una Columna formada de los restos de Jalatlaco y otra partida que había recogido en los Estados de Querétaro y San Luis, llegaba á Pachuca, y que la Columna del General Santiago Tapia, que maniobraba cerca de aquella plaza, era insuficiente para batirlo, y ordenó que otra Columna, formada con los batallones de Oaxaca y Lanceros del mismo Estado, á las órdenes del General Mejía, de la que yo era Mayor General, marchara á ponerse á las del General Tapia.

«Hicimos una marcha rápida, y al día siguiente, 20 de Octubre de 1861, llegamos á Pachuca, de donde rechazamos, sin gran esfuerzo, las tropas de Márquez, quien abandonó con ellas la ciudad poco defendible, y se dirigió al camino que conduce al Real del Monte, en donde tomó posiciones.

«Inmediatamente al salir de la carretera, advertimos que una loma de poca elevación, llamada la «Cruz de los Ciegos,» se hallaba coronada por una compañía de infantería, que se replegó al ser tiroteada por nuestra descubierta, hacia las posiciones de su respectiva retaguardia, las que, al dejar nosotros atrás la «Cruz de los Ciegos,» pudimos apreciar.

«Efectivamente, vimos que la caballería enemiga en columna, dándonos el frente, se encontraba por todo el camino; y á la izquierda, como enfrentando oblicuamente á la cabeza de nuestra Columna, que por dicho camino marchaba, había en las dos eminencias que coronan un cerro que allí existe, fuerzas de infantería dotada con artillería, la que estaba en la cumbre más elevada y un poco más lejos.

«El citado camino, en el trayecto que de él ocupamos, casi está cortado á tajo, á la izquierda, y á su derecha hay un descenso rápido del terreno.

«Visto todo esto por el General en Jefe, que imaginó podía la ca-

ballería enemiga cargar de frente ó flanquear por la derecha, ordenó al General Mejía que, con la compañía de Granaderos del primer Batallón y un obús, defendiera la citada carretera, y á mí me previno que atacara las posiciones defendidas por la infantería y artillería contrarias.

«Al efecto, puso á mis órdenes el resto del primer Batallón y el segundo, diciéndome que, al serme necesario, dispusiera del Batallón de rifleros de San Luis, que mandaba el Teniente Coronel D. Carlos Salazar, que me seguiría de cerca, y aun del de Carabineros á caballo, que era á las órdenes del Coronel D. Antonio Álvarez.

«El sol de la mañana iluminaba de lleno el teatro de los sucesos, y nada se escapaba á la vista de los combatientes.

«Recibidas las instrucciones, emprendí el ataque sobre la altura más cercana y menos elevada, que carecía de artillería; pero la aspereza del terreno por donde ascendí, hacía difícil la marcha de avance, en que la tropa se rendía de fatiga. Más suave era el declive de la cumbre principal, y observado ésto y para disponer de tropas de refresco, hice uso de rifleros y me dirigí á aquella artillada eminencia, que tras de breve lucha tomé, no sin haber dispuesto antes de una parte del Cuerpo de Carabineros, á las órdenes del Capitán D. Adolfo Garza, quien mereció una especial mención y su ascenso á Mayor, por su conducta distinguida en este hecho de armas. El enemigo nos dejó en este cerro toda su artillería, que era de Montaña.

«Tomada la principal posición, donde se me dejó abandonada la artillería, descendí sobre la otra, haciendo huir al enemigo.

«En tanto que tenía efecto el ataque principal, la caballería contraria se echó encima del General Mejía; pero la fuerza, que había quedado un tanto fatigada á la falda del cerro, después de verificado el encuentro sobre la eminencia de menor elevación, le auxilió con toda oportunidad, y hubo de retroceder dicha caballería y bien pronto acompañar en su fuga á toda la tropa enemiga, que se declaró en derrota, habiéndome puesto yo luego en su seguimiento.

«Después de efectuar una larga persecución hacia «El Grande,» volví en la noche á Real del Monte, donde el General Tapia, jefe de las fuerzas, y el General Mejía, jefe de mi Brigada, habían acuartelado las tropas que no tomaron parte en el alcance.

«Pasados cuatro ó cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para levantar el campo en una dilatada extensión, y para poner á los heridos en condiciones de marchar unos, y de ser atendi-

dos los otros en un hospital de sangre que se estableció, volvimos á la ciudad de México con los fuerzas de Oaxaca.*

Juárez, el gran reformador, había, por fin, triunfado, y el partido conservador quedaba transformado en partido reaccionario; pero la larga lucha sostenida, conquistando principios, agotó los recursos nacionales.

Obligado por las circunstancias, tuvo el Congreso que decretar, en 17 de Julio, la suspensión de todos los pagos, aun el de las asignaciones extranjeras.

Y entonces sucedió lo que era de esperarse: las naciones acreedoras, Francia, Inglaterra y España, poniéndose de acuerdo, decidieron imponer á la nación deudora, medidas coercitivas.

Surgieron las intrigas, interviniendo en ellas, desde las pérfidas insinuaciones de los traidores J. M. Hidalgo, Almonte, Estrada y algunos otros malos mexicanos, y la falsedad política de los Ministros ingleses, españoles y franceses, hasta las quiméricas aspiraciones del desequilibrado Napoleón III, los místicos ensueños y disparatados ideales religiosos de su esposa Eugenia, la insaciable ambición del

* Detall de la acción que el día 20 de Octubre de 1861, la Brigada Mixta del mando del C. General Santiago Tapia, libró en la Sierra intermedia de Pachuca al Mineral del Monte, derrotando al ejército reaccionario, al mando de sus principales caudillos, Márquez, Mejía, Zuloaga, Zires, Herrera y Lozada, etc., etc.—México, Imprenta de Vicente G. Torres.—1861.

Ministerio de Guerra y Marina.—Sección primera.—Ejército Constitucional.—Brigada Mixta.—General en jefe.

Ofrecí á Ud. darle el Detall de la gloriosa acción del día 20, en las alturas de Pachuca al Mineral del Monte, y voy á tener el honor de hacerlo.

Esta Brigada, con la denominación Tapia, tuvo Ud. la oportuna y feliz idea de aumentarla con la de Oaxaca, al mando de los C. C. Generales Ignacio Mejía y Porfirio Díaz, para que marchase al encuentro de los rebeldes, que en número respetable se dirigían de Ixmiquilpam á Pachuca.

Desde mi salida de la Capital creí, y se lo manifesté á Ud., que el enemigo se dirigía á Pachuca, atraído por los recursos de que se podría hacer.

No me equivoqué, y desde luego vi con satisfacción que había llegado el momento ansiado de hacer un esfuerzo para librar á la Nación del nuevo golpe que se le preparaba, á la vez que evitar el robo de estos minerales, porque, efectuado, impulsaría infinito los trabajos de los enemigos.

Así fué, y emprendiendo rápidamente mi marcha desde Tizayuca con toda esta Brigada, á la una de la mañana del citado día 20 del actual, estimulábamnos y persuadíamos á la bennemérita tropa que la forma, á forzar una segunda jornada, cuando sin descansar, ni comer apenas, había dormido algunos instantes.

funesto bastardo Duque de Morny, exacerbada por su complicidad en el fraudulento asunto de los bonos Jecker; y, por fin, hasta la solapada intervención del avaro Pontífice Romano.

Se trataba de crear un monarca é imponerlo, aunque para ello fuese necesario sacrificar la nacionalidad de un pueblo libre, y conculcar ignominiosamente los más altos principios del derecho humano.

La madre España nos enviaría un Borbón; Francia un Hapsburgo.

La primera trataba de reconquistarnos; la segunda, soñaba con las fabulosas minas de California y de Sonora. Inglaterra buscaba, como siempre, nuestro oro.

Tales fueron los negros precedentes de la famosa Convención de Londres, que el 31 de Octubre de 1861 firmaron los ministros Lord Rusell, Istúriz y Flahaut.

Llegan á Veracruz las armadas enemigas, violan el territorio nacional, y el 1º de Enero de 1862, lanzan el ULTIMÁTUM, reclamando satisfacción por los agravios inferidos.

El Gobierno mexicano contesta dignamente el ULTIMÁTUM, y en se-

Informado de que el enemigo seguía ocupando Pachuca, desde la tarde del citado día 20, á dos leguas de distancia, me anticipé con la caballería á trote largo, y encargando al C. General Mejía, que con el resto de la Brigada me siguiera, le dejé instrucciones sobre la manera con que la infantería había de atacar á aquél mineral, en caso de quererse los contrarios defender.

Yo tenía noticias ciertas de cuál era el grueso que buscábamos, y si bien muy superior en número y en las posiciones que ocupaba, yo tenía fe y confianza en los dignos ciudadanos soldados del pueblo, cuyo valor y constancia se nivela con sus condiciones políticas de amor á la libertad, y de celo por la conservación de los derechos que les pertenecen.

Dividida con anticipación en varios trozos la caballería á escape, y con arma en mano, llegó y penetró resueltamente hasta la plaza de Pachuca, por diversas partes, arrollando á su paso las avanzadas enemigas que quisieron oponerse, haciéndoles algunos muertos los exploradores nuestros, que precedían á la Columna del centro sobre el camino de México, que formaba el Cuerpo permanente de Carabineros á Caballo, mandada por su Coronel C. Antonio Álvarez.

La Columna de la izquierda, compuesta del 1º y 4º cuerpos de Policía Rural, la mandó el intrépido Coronel C. Manuel Quesada, y la derecha se apoyaba y sostenía en una Compañía del 1º de Policía y otra de Zumpango, á las órdenes de su valiente Comandante, C. Pilar Marroquín, que por un rodeo fueron á amagar la espalda del Convento.

Los contrarios sabían mi marcha hacia ellos, sabían mi fuerza, pero calcularon que llegaríamos más tarde; con esto, al observar la polvareda que

guida promulga aquel terrible, pero justificado decreto de 25 de Enero del mismo año.

Celebrada en 19 de Febrero la Convención de la Soledad, y bajo la garantía de su honor militar y de su firma, ocupan los aliados, tres importantes plazas estratégicas: Córdoba, Tehuacán y Orizaba.

La llegada de Laurencez con más tropas francesas, revela claramente la intención de Francia: derribar la República y crear un Imperio.

Surgen discordias entre los tres representantes de las naciones acreedoras; Prim y Wike, considerando ya caduca la Convención de la Soledad, rompen la alianza y se retiran con sus buques.

El impudente Saligny, declara que la firma trazada por su mano en el Tratado de la Soledad, no vale tanto como el papel en que está puesta, y sigue en posesión de las plazas ocupadas bajo la salvaguardia del honor militar, faltando á su palabra y deshonrando con acto tan indigno el nombre y la bandera de su patria.

Franqueadas á traición por los franceses las fortificaciones de Chiquihuite, que estaban defendidas por La Llave, quedan, de hecho, rotas las hostilidades.

nuestra marcha levantaba al aproximarnos á la población, sólo tuvieron tiempo de escaparse por la parte opuesta, y detenernos en el primer cerro (Cruz de los Ciegos) ó escalón de la Sierra, en que está el camino del Mineral del Monte.

El primer propósito de ocupar nosotros á Pachuca, estaba satisfecho, aunque no el de destruir á la fuerza enemiga que la ocupaba.

Tampoco era el todo de él.

Su mayor fuerza, principalmente la infantería, artillería y parque, lo había situado en la cumbre de la montaña, ó lo tenía en el Mineral del Monte, para esperarnos con mejor ventaja.

Sin embargo, una poca de infantería (como 500 hombres) y otros tantos dragones contrarios, nos hostilizaban desde las alturas, á cuyo pie se encuentra Pachuca, por lo que era preciso no dejar enfriar el ardor de nuestros soldados, ni que el enemigo saliese de la sorpresa que le causara nuestra anticipación y arrojó.

Por lo mismo, organizadas algún tanto otra vez las dos secciones, Álvarez y Quesada, prevenidos para un segundo empuje más fuerte, cuanto más peligroso, é indicando rodear el primer cerro y posición enemiga con el Cuerpo Lanceros de Oaxaca, y la segunda de aquellas secciones; á un impulso de ambos, y el de Carabineros por el frente hacia el pueblo, el enemigo no pudo ó no tuvo bastante valor para esperarnos resueltamente, y se trepó al segundo escalón de la sierra misma.

Desde este instante, en que al parecer continuaban nuestras ventajas, yo, sin embargo, no habría querido ir más adelante, sin que nuestra infantería y

¡México y Francia estaban frente á frente!

Organizado por el Gobierno, marcha sobre Orizaba un cuerpo de ejército, á las órdenes del General López Uruga.

El General Porfirio Díaz marcha con ese cuerpo.

«Muy poco después de nuestro arribo á la capital, de regreso de la acción de Pachuca y Real del Monte, tuvo noticia el Gobierno de que se había firmado la Convención tripartita, de 31 de Octubre de 1861; y el 23 de Noviembre siguiente, organizó un cuerpo de ejército de unos diez mil hombres, que puso á las órdenes del General D. José López Uruga, del cual formaba yo parte como Mayor General de la primera División, que estaba á las órdenes del General Don Ignacio Mejía, siendo, á la vez que Mayor General, jefe de la segunda Brigada de esa misma División. En tales condiciones marchamos para Orizaba, y el General en jefe ordenó que la primera Brigada de la tercera División, mandada por el General Mejía, se situara en Córdoba, y como puesto avanzado, la mía, en El Camarón, así como una fuerza de caballería en la Soledad. El General Uruga tuvo algunas

piezas de montaña tomaran la parte que les correspondía. Mas calculé que detenernos en aquella situación, era perder los mejores instantes de rechazar al enemigo de posición en posición, quizá hasta encontrarnos con su grueso, y no quise detener el impulso de los nuestros, sino antes bien apoyarlos con la pequeña Columna de los Lanceros de Oaxaca, siguiendo yo á su cabeza por el camino ascendente para Mineral del Monte.

De ese modo, el enemigo no podría contener el alcance de la caballería, que tanto por el espinazo de la sierra, como por el camino, subía á diversos aires de su marcha bajo un fuego vivo, no obstante que aquél intentara pararse y volver sobre nosotros. Resultado de ésto fué que los 500 infantes contrarios, huyendo unos hacia arriba, despeñándose otros, y dejándose matar ó tomar prisioneros los demás, todos ellos nunca volvieron á ponérsenos delante.

Sólo una parte de su caballería, que demostraba más disciplina y valor, no manifestó querer desbandarse, y era la que constantemente sostenía la huída de sus compañeros.

A la vez que nuestra tropa ganaba en terreno, perdía en unión y fuerza: inversamente sucedía con el enemigo; por ésto conocí que iba á llegar el momento de ser contenidos por aquél, que estaba siempre dominante y más potente.

Los hombres y caballos, bastante fatigados, darían ocasión para ser completamente destruidos, antes de que el resto de la Brigada nos pudiera auxiliar.

Estábamos en el acto crítico, y para prevenir el revés que se nos preparaba, ascendí del camino al cerro Antiguo, y procuré formar los Dragones, sin distinción de Cuepos ni de clases, mandando tocar alto y reunión.

entrevistas con el General Prim, y desmoralizado por el aparato de las fuerzas europeas que habían desembarcado, creyó que no eran bastantes nuestros elementos para hacer una defensa fructuosa, y lo manifestó francamente á sus soldados y al Gobierno, por lo cual fué relevado inmediatamente por el General D. Ignacio Zaragoza, que tomó el respectivo mando el 21 de Febrero de 1862.

«Antes del relevo del General Uruga, habíamos hecho, por su orden, un movimiento de avance hasta la Soledad, con toda la masa del ejército, porque se creyó que el enemigo se movía de Veracruz sobre nosotros. No habiéndose realizado ésto, el General Zaragoza mandó que volviéramos á ocupar nuestras antiguas posiciones, respectivamente, para ponernos fuera de la zona que hace mortífera la endemia de la fiebre amarilla.

«Entretanto, se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula y la ocupación pacífica, por el enemigo, de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán; el núcleo principal del ejército mexicano se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi Brigada, reforza-

Hubo un momento de vacilación por nuestra parte: la misma observé en los contrarios: la ejecución de mi orden tenía que practicarla por mí mismo, ó perecíamos todos.

Al fin, regresan de nuestros soldados, aquellos que más delante estaban, pero con aceleración, y éste fué precisamente nuestro mayor mal; porque desde luego, volviendo caras el enemigo hacia nosotros, se comenzó á declarar, primero, nuestra retirada y en seguida la huída.

Con el C. Teniente Coronel Félix Díaz y algunos oficiales, exhortamos para restablecer el orden, que ya no era posible en la cumbre de la sierra, mientras otro tanto hacían sobre el camino los CC. Coroneles Álvarez y Quesada.

No había que perder tiempo, por lo que, trasportándome con alguno de aquéllos al frente de los que retrocedían para contenerlo, y viendo venir felizmente los restos de Carabineros y 1º de Policía, ésto vino á moralizarlo todo, imponiendo á los contrarios y estableciéndome fijamente á más de la mediana de la sierra, para no tener que volverla á tomar por la fuerza.

Come se ve, C. Ministro, el mismo ardor de la pelea, pero también los inconvenientes del terreno, estrecho y escarpado, iban á producir un mal que pudo ser trascendental para todos, con arrancarnos la victoria que tan heroicamente se había comenzado á conquistar, si no se hubiera contado con una parte de la misma caballería organizada, y que á su cabeza fueran el Coronel Mayor General Fernández García, y el Teniente Coronel Eduardo Subikuski.

El primer conflicto había desaparecido, y sólo quedaba la ansiedad general por ver llegar nuestra infantería y las dos piezas de montaña, que resolverían la pendiente cuestión, puesto que ya la caballería, bastante esfuerzo ha-